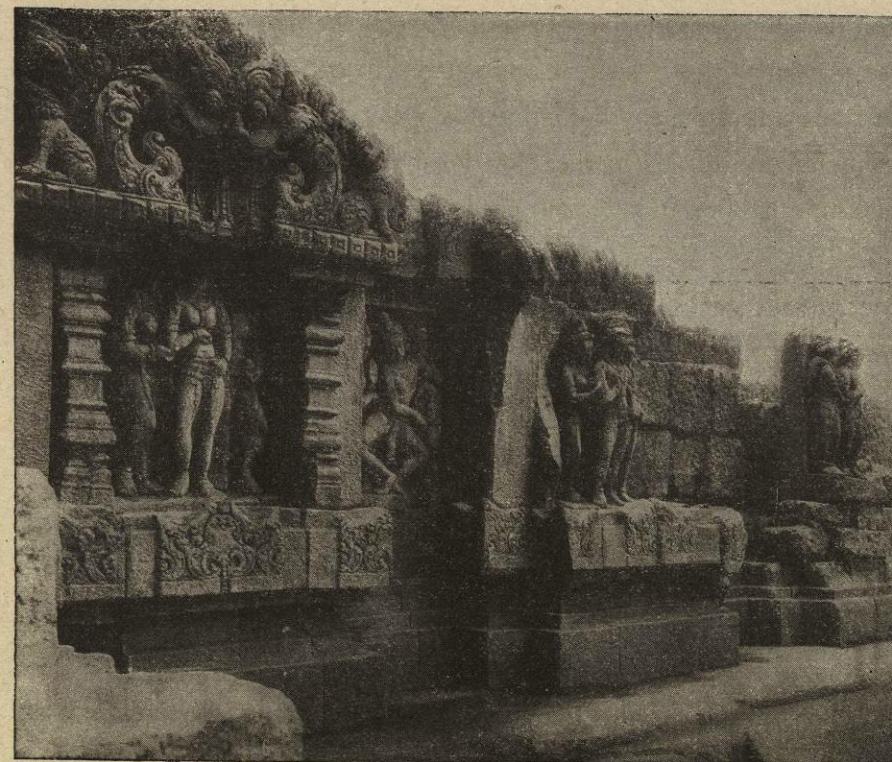


ción y de todo saber, y esas transmisiones se propagaban hasta las extremidades del mundo, mucho más allá de los límites de su dominio particular de expansión nacional: por contacto personal se esparcían las tradiciones. Su participación en el fondo primitivo de las *Mil y una Noches* excede muy probablemente a la de los Hindus, de los Cingaleses y de los Arabes; de todas partes contaban las historias maravillosas, las leyendas extraordinarias, los hechos milagrosos. A ellos ha de atribuirse la primera mención de muchos prodigios que continuaron dominando las creencias hasta el fin de la Edad Media. Entre otros podría citarse la leyenda de los «Orejones», como se dice en español, que tenían a su disposición en forma de orejas dos mantos amplios de carne, uno que extendían en el suelo para dormir sobre él, y otro con que se cubrían para abrigarse. Tal es la forma bajo la cual se encuentra en todas partes la leyenda, y no puede suponerse que semejante fantasía haya nacido espontáneamente en todo lugar, sino que debió proceder de un centro común y de un mismo pueblo<sup>1</sup>. Quizá los habitantes de la isla de Pascua tenían la costumbre de estirarse las orejas, como los representaban en sus groseras estatuas, y los navegantes malayos, que hicieron de ellos una descripción irónica, la esparcieron en la Nueva Guinea, en la India, hasta el interior de Africa: como la historia venía de lejos podían exagerarla a capricho.

Ricos de memoria y de imaginación, a causa de sus viajes, los Malayos debían también a su experiencia de los pueblos diversos una gran variedad de cultura tomada de los hombres con quienes habían estado en contacto. Así, en Java, visitada y parcialmente habitada por los Hindus, los Malayos recibieron las formas sucesivas de la religión de los inmigrantes peninsulares y se dejaron penetrar por ella bastante profundamente. En los mismos orígenes de la historia javanesa hubo misioneros brahmanes que propagaban su religión entre los habitantes de la isla. Luego éstos se convirtieron al budhismo, y en el fervor de su fe elevaron cerca de Magelang

<sup>1</sup> Joshua Rutland, *The Big-Ears*, «Journal of the Polynesian Society», 24 Diciembre 1897.

<sup>2</sup> Boro-budor o Buru-budur; el diptongo holandés *œ* equivale a la vocal compuesta francesa *ou* y a la *u* española.



LAS TRES GRACIAS DEL TEMPLO DE SIVA EN BRAMBANAN (JAVA)

*Documento comunicado por la Sra. Massieu.*

el templo de Boeroe-Boedhoer<sup>2</sup>, el monumento más majestuoso y más rico en esculturas que todavía existe de aquel período del arte. Pero ya la vuelta ofensiva del brahmanismo, bajo la forma del culto de Siva, comenzaba a producirse, como lo atestiguan los bajo-relieves esculpido sobre las gradas del templo. Algunos Sivaistas existen todavía establecidos alrededor de los temidos volcanes de Java y en medio de la población musulmana.

Como dice el viajero Christian<sup>1</sup>, las agrupaciones étnicas designadas en su conjunto bajo la voz de «Malayo-polinesios», constituyeron una raza especial formada por incesantes cruzamientos entre «mercaderes, viajeros, fugitivos, desterrados y piratas, entrecruzándose por olas sucesivas en corrientes y en contracorrientes, en reflujos y en remolinos». Pero hubo también en diversas épocas emigraciones en masa, causadas por guerras o invasión, terremotos o choques de mareas: lo mismo que los habitantes de las tierras

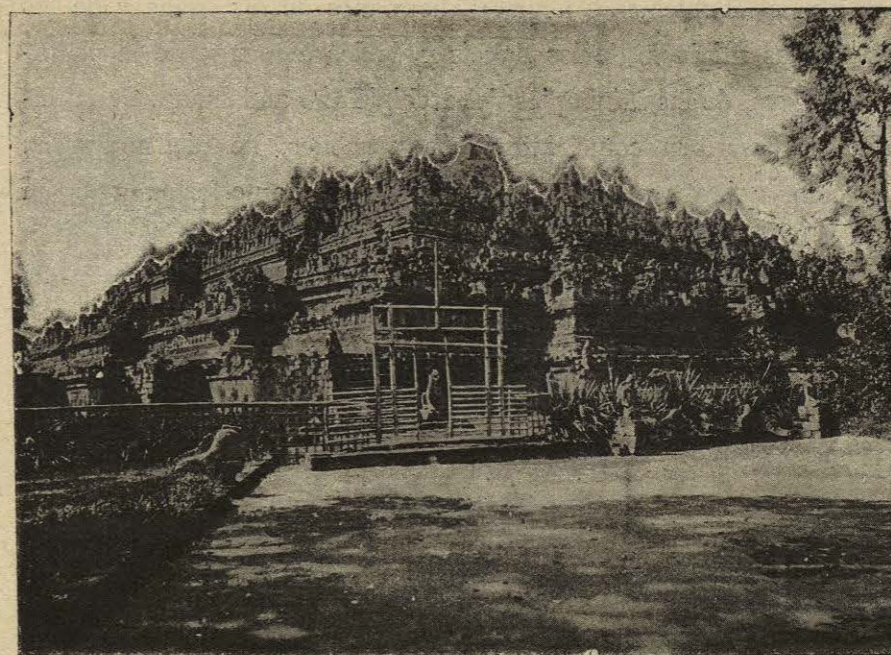
<sup>1</sup> *Geographical Journal*, Febrero 1899.

continentales, los de las tierras oceánicas habían de ceder a todas las presiones del exterior e inclinarse en un sentido o en otro, según los impulsos, los llamamientos y las atracciones. El medio, el conocimiento de las aguas y de los vientos les habían hecho hábiles, más hábiles todavía para moverse en el mar que lo que eran la mayor parte de las poblaciones de tierra firme para viajar sobre el elemento sólido: les bastaba conocer la dirección de las islas adonde deseaban dirigirse, si no las veían perfilarse como una nubecilla al horizonte, el vuelo de las aves, el movimiento de las olas y mil otras indicaciones fugitivas que adivina el ojo del marino, les guiaban a través de las aguas.

Por lo demás es posible que se hayan hecho diversas emigraciones por tierra en épocas remotísimas, si es cierto que, según una hipótesis emitida por muchos geólogos, gran parte del fondo oceánico se halla en una área de hundimiento (Darwin): hay espacios sumergidos hoy que habrán sido regiones continentales a través de las cuales la población se habría extendido gradualmente y por contacto. Como quiera que sea, es inútil recurrir a suposiciones relativamente a la antigua extensión y a la repartición de las islas de la Oceanía, porque las actuales condiciones bastan para explicar las emigraciones que han podido producirse en todos sentidos en la semi-circunferencia planetaria que se desarrolla desde las costas de Asia hasta las de América. Hasta los hechos de «diseminación accidental»<sup>1</sup>, a falta de emigraciones voluntarias, podrían explicar la población gradual de todas las islas, porque pudo suceder que barcos cargados con hombres y mujeres fueran impulsados por la tempestad a playas desconocidas. La gran corriente ecuatorial que en la zona tórrida arrastra las aguas y las cosas flotantes en dirección de Este a Oeste, y la contracorriente, mucho más débil, que en la proximidad de la línea ecuatorial refluye en sentido inverso de Occidente a Oriente, debieron ayudar frecuentemente a esa emigración involuntaria de los Malayo-polinesios. Hale y después Quatrefages han trazado un mapa<sup>2</sup> de las emigraciones oceá-

<sup>1</sup> A. de Quatrefages, *Introduction à l'Étude des Races Humaines*, p. 146.

<sup>2</sup> Véase el mapa n.º 44, página 315 del tomo I, y el mapa n.º 227, página 95 del tomo III.



TEMPLO DE BORO-BHUDOR (JAVA)

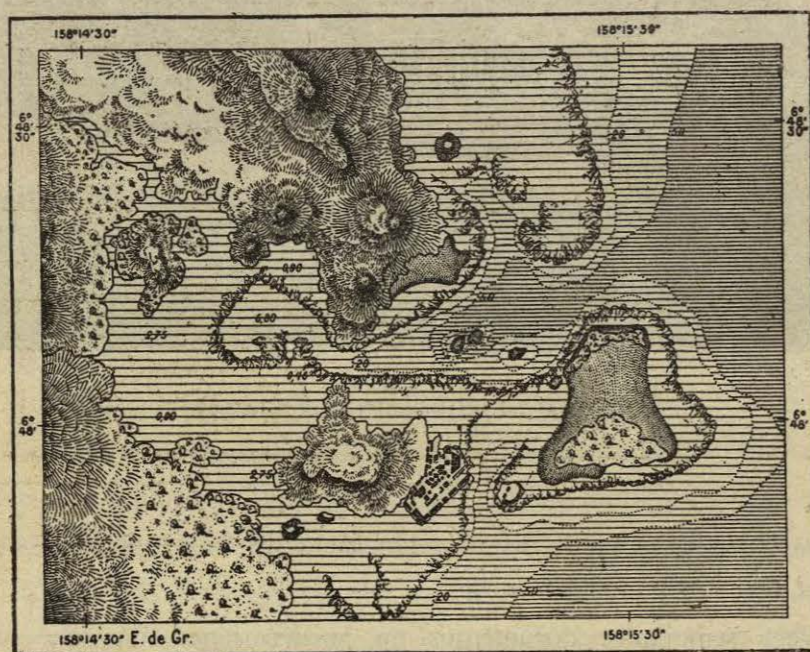
*Documento comunicado por la Sra. Massieu.*

nicas cuyos principales rasgos están fuera de duda por las tradiciones locales y por la historia.

Pero semejantes documentos no pueden tener más que un valor de indicación, porque, en el transcurso de las edades, el vaivén de los hombres, aunque regulado por ciertas leyes generales, ha descrito ciertamente una red de mallas muy numerosas que parece imposible de desenredar a primera vista. En la mayor parte de los archipiélagos, los viajeros que se han informado cerca de los indígenas nos traen el eco de emigraciones y contraemigraciones diversas: se les trazan mapas sumarios sobre la arena para indicarles la dirección seguida por los antepasados o por los desterrados; se señala hacia los vapores del horizonte lejano o hacia las estrellas del cielo para indicar los lugares del espacio donde se vió por primera o por última vez la flotilla de arribada o de partida. Los naturales de Ponapé, en las Carolinas, hablan en sus tradiciones de tres razas sucesivas que dominaron el país: los enanos, los gigantes y los caníbales. Los enanos, de los que existen aún algunos descendientes sobre la costa occidental de la isla, fue-

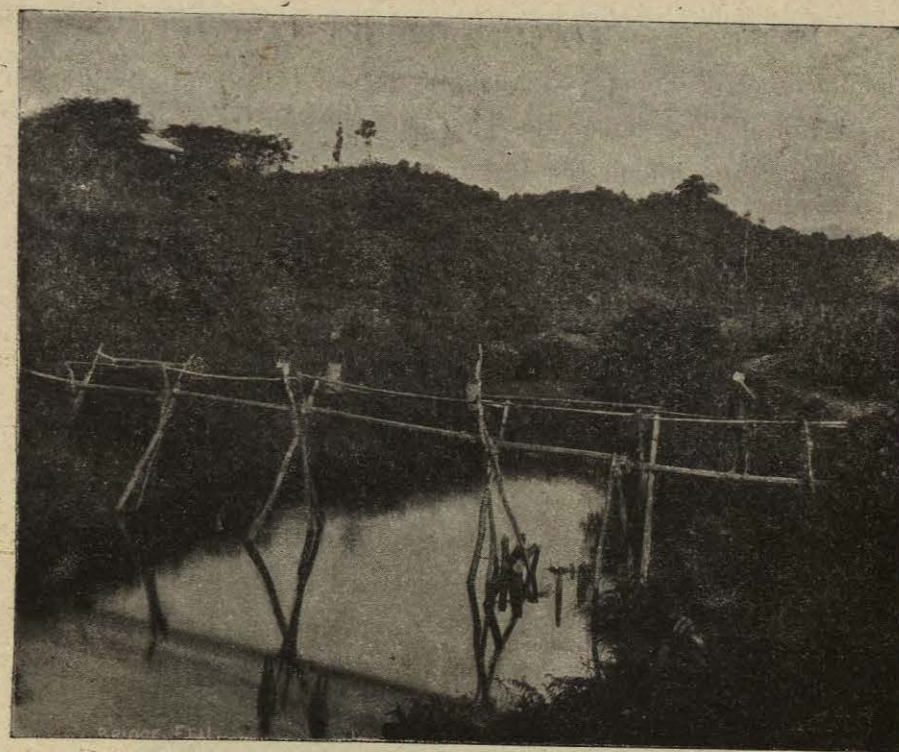
ron muy probablemente negritos, hermanos de los Aetas y de los Mamuanas filipinos, de los Sakais y de los Semangs de la península malaya, de los Minkopios del archipiélago andamano. Sus vecinos los describen como individuos pequeños, de piel negruzca, parecidos a ciertos pescados, de máscara repugnante formada por un

N.º 254. Puerto y ciudad de Metalanim



1 : 100 000  
Kil.

disco redondo de donde no resaltan más que los ojos. Christian no visitó esos enanos o Chokalais, pero pudo explorar una de sus necrópolis, cuyas tumbas, construídas en basalto, tienen un hueco por término medio de 120 centímetros de longitud: el reducto más largo no tiene más que 135. En cuanto a los «gigantes» o Konas, que triunfaron de los enanos y les reemplazaron en la dominación de la isla, se les considera como Malayos venidos de Occidente, mientras que los caníbales o Liots serían Melanesios, emigrados en una época reciente de la Papuasía al Sud o de las Nuevas Hébridas al Sudeste. Se señala también una inmigración de habitantes de las Marianas que, al final del siglo XVI, se supone que invadió cierto número de islotes carolinos.



PUENTE EN LAS ISLAS FIDJI

*De una fotografía.*

La importancia de las antiguas civilizaciones de la Polinesia no ha dejado testimonio más elocuente que las ruinas de Metalanim, situadas sobre la orilla oriental de esta misma isla Ponapé. Estas ruinas, en parte desescombradas por Christian, ocupan una bahía poco profunda en que se hallan islotes diseminados. Metalanim es una «Venecia» polinesia. El conjunto de las lagunas está defendido al Sud, al Este y al Norte por gigantescos rompeolas, compuestos de columnas basálticas, algunas de las cuales tienen enormes dimensiones. En algunos puntos las escolleras tienen cerca de diez metros de altura y tres metros de espesor, y los montones de escombros rodados prueban que en otro tiempo algunas murallas eran todavía más elevadas. En las partes bien conservadas del dique, los prismas, algunos de los cuales pesan más de tres toneladas, están colocados alternativamente a lo largo y a lo ancho, como los troncos de madera en las izbas rusas; acá y acullá el fondo de las lagunas está cubierto de fragmentos de basalto, desprendidos de los esquifes que los traían de las canteras situadas a más de treinta kilóme-

tros. ¿Qué podía ser esta gran ciudad ciclópea, de la cual hablan los insulares de Ponapé con tímida reserva, y en cuyos reductos se encierran a veces condenados para causarles un terror inmenso? <sup>1</sup>. A cuatrocientos kilómetros de Ponapé, otra isla, la más oriental de las Carolinas, Ualan (llamada también Strong o Kusaie) contiene en una rada las ruinas de Sele, ciudad de un carácter más caótico que Metalanim, pero igualmente extraordinaria.

La «tierra del Este» por excelencia, la Australia, isla o continente, parece haber tenido una representación mínima en la historia del hombre. Es indudable que sus habitantes han desarrollado allí una civilización cuyo estudio no cede en interés a ninguna otra, pero no puede decirse que haya reaccionado jamás sobre las civilizaciones circundantes. El territorio es demasiado extenso y la naturaleza demasiado diferente de las pequeñas tierras polinesias; absorbía sin devolverla por decirlo así la población que allí se presentaba. Los Australianos se han adaptado a las inmensas extensiones, se han hecho hermanos del kanguro, pero la experiencia que han hecho de la lucha por la vida no ha servido a otras poblaciones. C. Haddin reconocía en la población australiana varias capas sucesivas: Negritos, Papuas, Dravidianos y Malayos han invadido alternativamente la tierra austral; sin embargo, el suelo les ha modelado; la acción resultante del clima, de la alimentación y de la ocupación ha dado a los Australianos un carácter especial que permite clasificarlos como raza aparte, por la misma razón que tantos otros pueblos procedentes de elementos heterogéneos, Tasmanios desaparecidos, Melanesios, Dravidianos, etc. <sup>2</sup>.

De todas las emigraciones humanas, la de los Malayos navegando hacia Madagascar es la más extraña. A primera vista del mapa parecería natural atribuir a la próxima costa africana la procedencia de las poblaciones malgaches, pero aparte de que los indígenas del Africa sud-oriental son malísimos marinos, los vientos y las corrientes son contrarios al viaje que habría que emprender para viajar desde las bocas del Zambeze hacia el litoral de la gran isla; por otra parte, la evidencia de un origen lejano es tal que no

<sup>1</sup> *Geographical Journal*, Febrero 1899.

<sup>2</sup> Véase el mapa de colores n.º 5.

es posible detenerse un momento ante las dudas de algunos escritores. Los Hovas son Malayos: se ve en su rostro, se reconoce en sus costumbres, se comprende en su lenguaje; la lengua que resuena en las orillas de la costa oriental, entre los Betsimisaraka, y cuyo íntimo parentesco con el malayo de la península meridional de la Indo-China y de Sumatra se comprueba a 4000 ó 5000 kiló-



METALANIM

Entrada de la cueva llamada sepulcro de Chantelem.

Según F. W. Christian.

metros de distancia, es la que se ha esparcido en toda la isla, de un extremo a otro, y que se ha impuesto a los insulares de todo origen, hasta los que vinieron del continente inmediato, y, después, de la Arabia y de la India. Algunos procedimientos de trabajo ofrecen el mismo carácter y los mismos detalles en el mundo malayo y en la gran isla vecina del continente africano. Los morteros para moler el arroz tienen idéntica forma, los trabajos de forja se hacen de la misma manera; los Sakalaves de la costa occidental tienen barcos de balancín contruídos sobre el modelo de los esquifes polinesios.

Hubo, pues, emigración, y muy probablemente las hubo en gran

número. Los Hovas o Andrianas, que en nuestros días constituyen la población dominante, gracias a la posición central que ocupan y a su superioridad de civilización, son de puro origen malayo; no tuvieron, sin embargo, jamás sino una parte del gran dominio insular, y su influencia quedó completamente nula sobre comarcas de Madagascar donde se hablan dialectos del mismo origen lingüístico, muy emparentados por el vocabulario y por la construcción de las frases. Parece admisible que antes de la llegada de los Hovas, otros pueblos congéneres hubiesen establecido ya su dominación en el conjunto de la isla, y que elementos étnicos diferentes, bantu, árabe o hindu hubiesen venido sucesivamente sobre aquellas costas para destruir la unidad primera de cultura a que los Malgaches debían la comunidad de lenguaje<sup>1</sup>. Es muy probable que los residentes negruzcos de la isla no fueran Negros africanos, sino Melanesios llegados del Extremo Oriente en una época desconocida, muy anterior a la historia<sup>2</sup>.

Pero si las emigraciones han sido numerosas, y aun es posible que otros Malayos, hasta Polinesios, hayan precedido a los Hovas en la población de la isla, una hipótesis se presenta con gran fuerza de probabilidad: los viajes no se han hecho inconscientemente como los de la piedra pómez de los volcanes de Java, llevada por las corrientes sobre las costas malgaches; con pleno conocimiento de la dirección de los vientos y de las corrientes y de la posición de las tierras codiciadas los marinos de Oriente largaron sus velas. En una palabra, los ribereños del mar de las Indias habían explorado suficientemente poco a poco las riberas de la inmensa extensión oceánica para dirigirse allí con seguridad, para conocer las escalas y marcar las etapas. De que los Griegos y los Romanos, nuestros educadores, no conocieran esos mares, no se deduce que los Malayos no fuesen sus audaces exploradores. Los relatos legendarios de las *Mil y una Noches* nos traen como un eco lejano de sus aventuras.

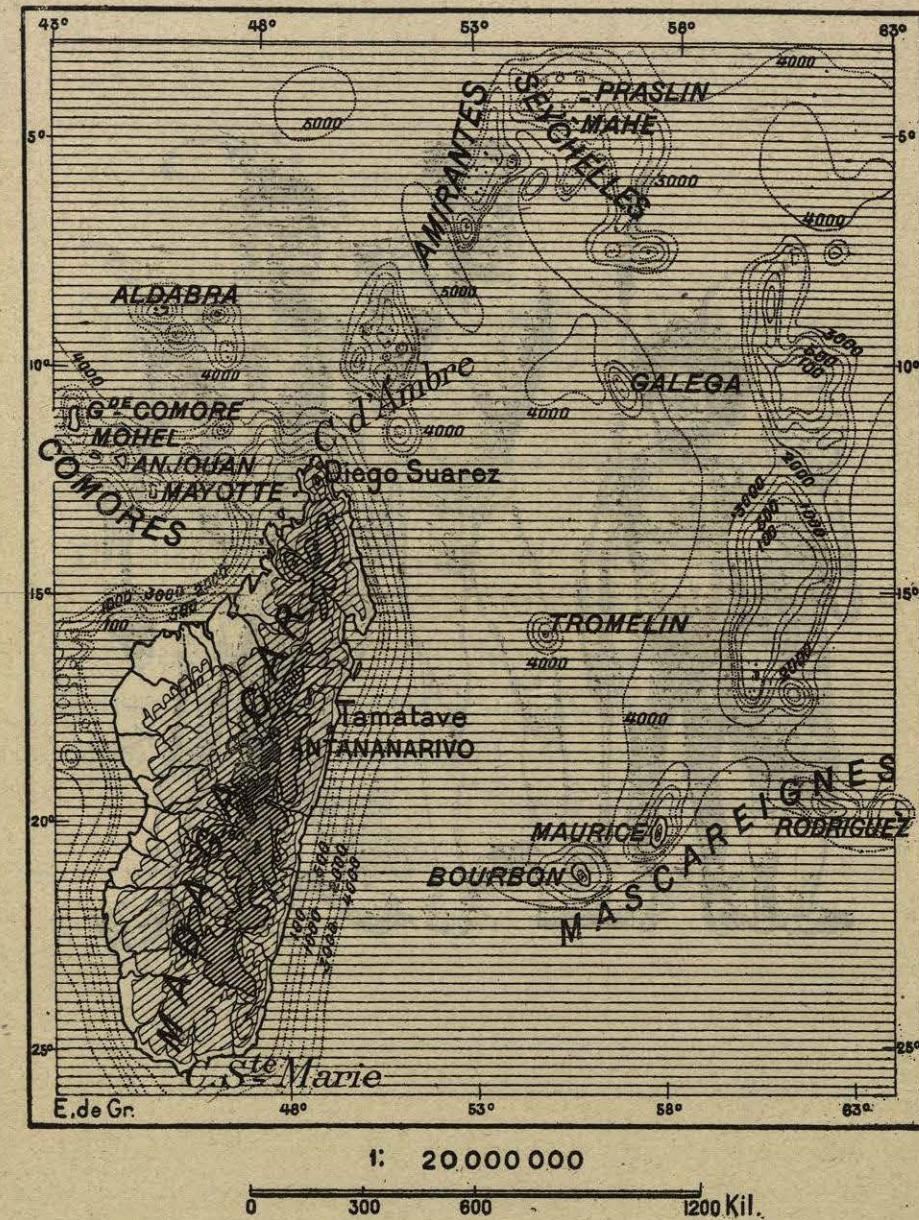
Cualquiera que sea la serie de preguntas actualmente sin res-

<sup>1</sup> Max Leclerc, *Les Pleuplades de Madagascar*.

<sup>2</sup> Alfredo Grandier, *Histoire physique, naturelle et politique de Madagascar; Origine des Malgaches*.

puesta que el historiador de los mundos lejanos tenga que proponerse, una cosa es cierta, a saber: que no sólo unas tribus, y unos

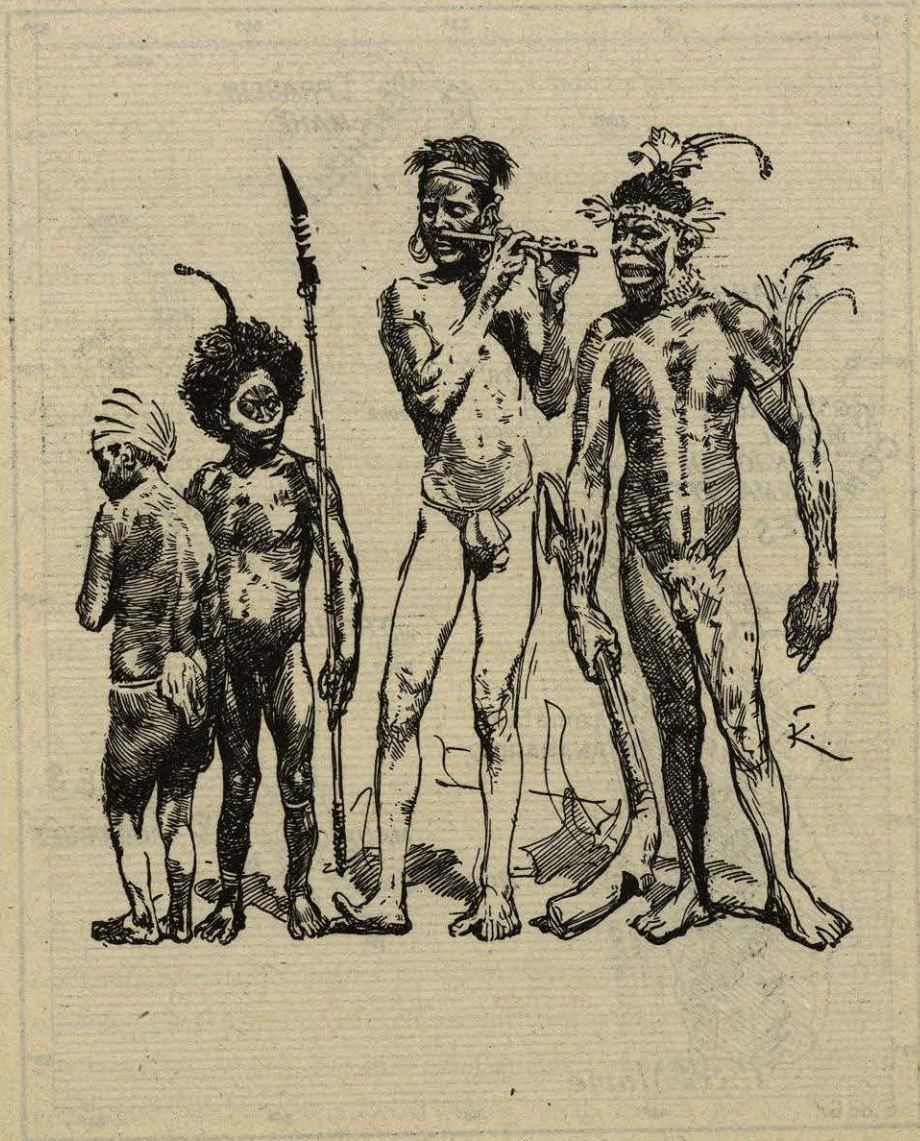
N.º 255. Madagascar y las Mascareñas.



pueblos, sino también unas civilizaciones diversas se han sucedido en esas vastas extensiones marítimas que separan el Antiguo y el Nuevo Mundo.

¡Cuántas humanidades distintas, creyendo constituir por sí solas

un mundo completo, han perecido antes que naciese la gran humanidad que tiene una conciencia colectiva y abraza la superficie entera del planeta, iluminada de Oriente a Occidente por el mismo sol en su circuito cotidiano!



LIBRO TERCERO

HISTORIA MODERNA

Cristianos.—Bárbaros.—La segunda Roma.  
 Arabes y Bereberes.—Carlovingios y Normandos.  
 Caballeros y Cruzados.—Municipios.—Monarquías.  
 Mongoles, Turcos, Tártaros y Chinos.  
 Descubrimiento de la Tierra.—Renacimiento.  
 Reforma y Compañía de Jesús.—Colonias.—Rey Sol.  
 Siglo XVIII. — Revolución. — Contra-revolución,  
 Nacionalidades. — Negros y Mujiks.